

**PREGÓN
DE LAS FIESTAS
EN
HONOR A SAN JUAN BAUTISTA
AÑO 2024
SAN JUAN DE LA RAMBLA**



Autor: Fernando Armas Pérez

Te voy a contar un cuento que empieza así:

Conservo los recuerdos de la infancia en una película de Súper 8 milímetros que papá grababa con su tomavistas. A veces recreo las escenas proyectando el celuloide, con colores desvanecidos por el tiempo, sobre una pared blanca. La calle Malaya, aún sin asfaltar cuando yo apenas me tambaleaba con pequeños pasos, fue testigo de mi vida en San Juan de la Rambla, porque la recorría a diario, tomara la dirección que tomara: para ir al colegio o a la ventita de Juan, o a la plaza, o a cas´ Panchón, o a buscar a los amigos, o al polideportivo, o a la playa, o a donde fuera que la aventura me llamara.

Jugábamos libremente en la calle sin más límites que las horas de las comidas y de las rutinas escolares. Pedaleábamos de extremo a extremo de nuestra calle, emulando una gran avenida con vías de ida y de vuelta, separadas por irregulares líneas pintadas en el suelo con trozos de cal que encontrábamos en el Monturrio. Luego las estacionábamos incorrectamente en el bordillo de la acera, o las echábamos al suelo, para ir al solar a atrapar lagartos con rústicas trampas que hacíamos rajando una botella de plástico, colocándole un trozo de plátano como cebo en el fondo, y arimándolas a cualquier hueco del muro. Los infelices reptiles no imaginaban qué manos las habían puesto allí y, animados por el apetito, caían en nuestras redes, o mejor dicho, en nuestras botellas. La suerte que corrían es inenarrable, aunque la mayoría obtenía el indulto y huía sin cola a esconderse en alguna profunda oquedad de aquella finca. Otros, los menos afortunados, sirvieron para satisfacer la curiosidad de unos muchachos que aprendían sobre asuntos de la biología de los animales de nuestro pueblo. Igual suerte corrieron algunas ranas de los estanques de La Manguita. Espero que nos hayan perdonado,

Los muchachos de la calle Malaya crecimos de esa manera, jugando y aprendiendo, arropados por una comunidad de vecinos que se extendía alrededor del pueblo, como si todos ustedes unieran las manos e hicieran un gran círculo que nos rodeara. Y así progresamos año tras año, con muchas madres y muchos padres y muchas tías y muchos tíos. Era la familia sin lazos de sangre que convertía cada casa en un refugio.

Mi familia llegó al pueblo empujada por los vientos de la administración educativa pocos años antes de inaugurar el Colegio Ángel Guimerà. ¿Recuerdan las mujeres de San Juan de la Rambla cuánto tuvieron que afanarse para dejar las aulas a punto para arrancar el primer curso académico allá por 1974?

Los muchachos asistimos al colegio. Nos impregnamos de conocimientos, pero también de los valores de nuestra comunidad. Era una escuela de maestros y maestras del pueblo en su mayoría. Entre línea y línea de los libros también se colaron los valores y la idiosincrasia de nuestra Villa.

Hoy podemos hablar con orgullo de los que tutelaron nuestra vida académica. Maestros que respetábamos entonces, que admiramos hoy y que agradecemos siempre por el otro tiempo que emplearon para formarnos como seres humanos.

¿Recuerdan mis compañeros de cole el tomavistas súper 8 milímetros con el que grabamos cientos de escenas filmadas en las calles o en el colegio? Películas rodadas por los estudiantes y todas las generaciones y que conserva nuestro maestro, don Antonio Ruiz, por fortuna. Ahí está gran parte de las pequeñas historias que, sumándolas, contribuyen a crear la gran Historia, con letras mayúsculas, la que describe la trayectoria de nuestra generación.

Ciclo tras ciclo, etapa tras etapa los muchachos continuamos creciendo, aún envueltos por la capa de nuestro héroe Súper Pueblo. Nos enrolábamos espontáneamente en todas las actividades que existían o nos proponían. Si no, las inventábamos.

El renacer de la banda nos permitió dar los primeros pasos en la música y descubrir que existía otro arte en el que podíamos ser actores y un lenguaje universal con el que nos podíamos comunicar también. Fue una etapa enriquecedora y fructífera para los muchachos de la calle Malaya y de otras tantas calles de San Juan de la Rambla que nos uníamos para compartir el esfuerzo y el trabajo en equipo.

Admirábamos a don Óscar, nuestro maestro musical, porque traía consigo a los de sabiduría vital, la de la experiencia de su vida. En el salón de su casa antigua, con los suelos de madera que crujían con nuestros pasos, lo escuchábamos absortos. Descansábamos el libro de solfeo en los muslos, mientras nos relataba sus cuentos de infancia o nos explicaba cuestiones filosóficas y existenciales que más tarde comprendí. Luego, sentados en semicírculo frente al piano, entonábamos las lecciones semana tras semana.

En poco tiempo, estábamos soplando nuestros instrumentos recorriendo la calle Estrecha, la de El Paso, la de El Calvario, la calle La Ladera, la de Antonio Oramas para regresar los santos, cristos y vírgenes a la iglesia, en un ciclo musical continuo. Año tras año, Semana Santa tras Semana Santa, fiestas patronales tras fiestas patronales y demás eventos que componen el año cultural de nuestra villa.

Nos encantaban los fuegos artificiales que iluminaban el Risco Mazapé. La gran espalda del pueblo, que colocó ahí la caprichosa naturaleza de nuestras islas, como si hubiera sabido que decenas y decenas de miles de años después, una villa nacería a su pie y tendría un santo al que venerarían con el fuego. Hoy me siento más cerca de ese día. Dentro de poco se encenderán otra vez las tradicionales hogueras y, de nuevo, la banda de música estará caminando sobre nuestras huellas, acompañando al santo que añadió el nombre de pila a la Rambla.

Si preguntaras a los muchachos de la calle Malaya por qué otra calle de San Juan de la Rambla ha corrido más, seguramente te dirán que por la Marina, con el recuerdo de subirla a toda prisa con la tabla a cuestas y descenderla a velocidades imperdonables durante las fechas próximas a San Andrés. Recuerdo, también, como el barullo de los cacharos encendía los ánimos de los muchachos, que recorrían las calles quebrando la paz habitual de los vecinos, con una algarabía de restos de latas de todos los tamaños, formas y colores, atadas a cordones o alambres.

De la Navidad, los divinos, sin duda. Pasear las calles a paso de villancico constituía uno de los eventos esperados del año. Calle arriba, calle abajo, las ventanas se iluminaban y las puertas se abrían para dejar paso a bandejas con polvorones, turrónes y un trago de licor de limón, hecho con paciencia por las manos de madres y abuelas expertas.

A veces me pregunto qué futuro tendría en mente el colono portugués, don Martín Rodríguez, cuando se asentó en esta franja de tierra y sembró la semilla para que otras familias llegaran atraídas por la fertilidad de sus suelos.

Probablemente no imaginó que siglos después, sus descendientes y nuevos habitantes estarían aquí, manteniendo vivo el legado de una villa que crece, cambia y se adapta, pero nunca pierde su esencia. Quizá vislumbró un futuro próspero, pero difícilmente pudo prever la riqueza

cultural que se formaría, la vibrante comunidad que emergería y el tejido de historias que se entrelazaría en cada rincón de San Juan de la Rambla.

También crecimos de cara al mar, al viento y el salitre que empañaba los cristales de casa en invierno, cuando las olas peleaban con nuestra acantilada costa en una febril pugna por recuperar el espacio que los volcanes le arrebataron.

Recuerdo esas noches de invierno crudas; cuando rugía el océano, empujaba el acantilado y mecía mi casa: Al despertar y asomarme al balcón olía a sal y a aventura. La playa de Los Roques se transformaba en un escenario de fuerzas desatadas. Nos reuníamos en el mirados del Monturrio, fascinados por el poder del mar y del viento, y echábamos a volar nuestras cometas que fabricábamos a mano, con cañas de barrancos y telas de las caladoras, expertas mujeres que componían preciosos juegos de mesa, pañuelos y tantas cosas bellas. Recuerdo aparecer en la puerta de Mercedes, la rubia, y Merceditas para pedirle unos trocitos. Y ellas nos explicaban en qué consistía el juego de las agujas sobre las telas tensadas. Luego compartían sonrientes los retales con los que terminábamos las colas de nuestras cometas.

Con el mar bravío, impresionados por las columnas de espuma blanca, las dejábamos volar alto, largando el hilo que nos conectaba con ellas hasta agotar el carrete. Imaginábamos la vista impresionante que las cometas podían disfrutar desde aquella altura y nos preguntábamos si nos verían como pequeñas y humildes criaturas frente al poder de la naturaleza imprevisible que nos rodeaba.

Pero el mar, cuando escondía su bravura, también era mágico. En verano, la relación con el mar se transformaba. Las aguas se calmaban y se volvían un refugio refrescante del calor. Pasábamos los días nadando, buceando y explorando los charcos, los recodos escondidos, el roque grande y el chico. Nos lanzábamos desde las rocas más altas, sintiendo la adrenalina mientras caíamos al agua, y luego emergíamos riendo, salpicando y compitiendo por ver quién hacía el salto más espectacular.

El mar también fue un lugar de reflexión. En los momentos de soledad, nos echábamos sobre las cálidas lajas dejando que nuestras mentes se liberaran. El horizonte infinito nos recordaba que el mundo era grande, lleno de posibilidades y aventuras por descubrir. Crecimos con la conciencia de que el mar era tanto un amigo como un adversario, un proveedor y un reto. Nos enseñó a ser resilientes, a adaptarnos y a encontrar belleza en lo impredecible. Y aunque muchos de nosotros dejamos San Juan de la Rambla para seguir nuestros caminos, el mar siempre nos llamó de vuelta. Es un ancla en nuestras vidas, un recordatorio constante de nuestras raíces y de la fuerza y la belleza de nuestro hogar.

Hoy miro al mar y, en cada ola que rompe y en cada brisa salada que sopla, encuentro fragmentos de nuestra infancia, de nuestra comunidad y de las lecciones que nos formaron. Y aunque los años pasen y el mundo cambie, el mar de San Juan de la Rambla siempre estará aquí, en nuestros corazones, uniendo pasado y presente, susurrándonos historias de ayer y promesas de mañana.

Los jóvenes de la calle Malaya, convertidos en adultos, hemos seguido diferentes rutas. Algunos se quedaron, trabajando y continuando con las tradiciones de sus padres y abuelos. Otros nos fuimos a explorar el mundo, llevando con nosotros las enseñanzas y el espíritu de nuestro pueblo.

San Juan de la Rambla es mi esencia, el resumen de mi vida. Aquí está todo lo que soy. Luego le he ido pegando trocitos de muchas experiencias: de mis estudios, de mis viajes, de mi carrera como docente. Jirones de vida cosidos al terruño que admiro y al regreso ufano cada vez que puedo. Por eso siempre traigo de la mano a cientos de personas cuando tengo la oportunidad, y les muestro orgulloso que este pueblo es más que volcán y mar, que tiene espíritu acogedor y un corazón vibrante que late con juvenil alegría. Me fijo en la mirada del visitante y me pregunto si estará viendo lo que siento, si he logrado que por sus venas corra la bravura del mar y la roca negra de su costa, si perciben los brazos abiertos de sus habitantes, si se emocionan con la arquitectura, que es su semblante. Y me pregunto si el espíritu errante del portugués Martín Rodríguez los saluda cortésmente llevando su mano al sombrero y pronunciando en su lengua materna un bom dia, espero que goste do povo: <<Buenos días, espero que le guste el pueblo>>.

Yo les respondo en mi sueño, haciendo de intérprete: Oh! Senhor, tudo bem? Sim, estão a gostar muito. Obrigado: <<Señor, ¿qué tal está? Si. Están disfrutando mucho. Gracias>>. E imagino que se despide y continúa a su ermita a orar a su santo patrón San Juan. São João, como él le decía, a rezarle para agradecerle los frutos y pedir por las almas de su pueblo.

Creo que el señor Rodríguez hizo otra ermita allá arriba y que reside en el San Juan de la Rambla de los cielos, construido a imagen y semejanza del nuestro, del terrenal, y afirmo que está esperando la entrada, por el lado de la réplica del cementerio, recibiendo las almas de cada amigo, de cada familia que ha partido y que tanto echamos de menos. Y aseguro que viven igual de felices que en este pueblo, que tendrán un centro cultural para jugar a las cartas y un mar de nubes para pescar nuestros sueños y una iglesia rodeada de hogueras humeantes y un bar donde sirven barraquitos y un charco de La Laja y un Mazapé vigilante...

El tiempo avanza, y con él, el celuloide desgastado de mis películas. Sin embargo, cada vez que proyecto aquellas viejas cintas de Super 8 milímetros, me doy cuenta de que las raíces son profundas y las conexiones indestructibles. Los recuerdos que capturaron siguen vivos, vibrantes en mi memoria. Y mientras proyecte esas imágenes, seguiré reviviendo los días de mi infancia: la calle Malaya sin asfaltar, los juegos, las risas, las festividades, y sobre todo, el sentido de comunidad que define a San Juan de la Rambla.

Continúo sintiendo el latido de un pasado que todavía vive en mí y lo he escrito en libros, que leen muchos forasteros. Son un testimonio de la vida de los muchachos de la calle La Malaya y un legado para sus descendientes. Un pasado que, aunque desgastado como el celuloide, nunca pierde su esencia y siempre será parte de mi historia y la historia de nuestro pueblo.

Me recuerdo cada día que te tengo mucho que agradecerles a ustedes, que son mis vecinos y mi otra familia. Y la naturaleza en la que crecí: al mar a la montaña.

A todos, gracias.

Fernando Armas Pérez.

PREGÓN DE LAS FIESTAS DE SAN JUAN DE LA RAMBLA 2024.

San Juan de la Rambla 22 de junio de 2024